



Alcaldía de Medellín

PLAN ESPECIAL DE SALVAGUARDIA (PES)

MANIFESTACIÓN CULTURAL SILLETERA

Ejes de acción de Salvaguardia

Proyectos de investigación

Transmisión, educación y comunicación social del patrimonio

Temática de investigación

Historias y memorias de la manifestación cultural silletera

Proyecto

Repositorio digital de memoria oral: Raíces, Cultura Silletera - Fase 1

Secretaría de Cultura Ciudadana

Medellín, Colombia

2017



Un espíritu perseverante y visionario

Un espíritu perseverante y visionario

Silletero y artesano Luis Fernando Hincapié Hincapié

Nacido en 1949

Vereda El Cerro, Medellín

Prólogo

Luis Fernando Hincapié es un personaje ecléctico, que ha experimentado, gestionado y promovido la tradición silletera desde múltiples facetas. Ha sido un emprendedor incansable, que ha incursionado, además, en la música, la fabricación de artesanías, el deporte y hasta en asuntos de política. Un ser, sin duda, de gran sensibilidad que ha logrado inmortalizar la belleza de las flores a través de la música y de las delicadas artesanías que fabrica. Él es la tradición silletera hecha arte.

Como la mayoría de los habitantes de este territorio, no ha tenido una vida fácil; aunque no duda en remarcar la importancia de contar con una familia sólida y tradicional, que le ha permitido cultivar los sueños e ideales que lo convirtieron en alguien sensible al arte y a la naturaleza, innovador y con ansias de trascender. Alguien que ha debido sortear numerosas y diversas vicisitudes en el camino, como la muerte de varios seres queridos, algunos fracasos económicos y serios quebrantos de salud, pero nada de esto ha logrado amilanar su espíritu combativo y perseverante.

La de Luis Fernando Hincapié es una historia de superación, de cambios y búsquedas personales, que evidencia la transmisión entre generaciones de diversas prácticas y saberes. Pero también, las transformaciones que han experimentado las tradiciones; entre ellas, los modos de subsistencia familiar.



Un espíritu perseverante y visionario

A pesar de heredar de sus padres la tradición por cultivar y comercializar las flores, Luis Fernando se las ingenió para conformar una microempresa de artesanías hechas a partir de flores, que se apoya en la dinámica turística de Santa Elena, a la vez que la fortalece. Su mutación de campesino en artesano ha estado acompañada por la música y el arte, en general. Un cambio que también habla de las transformaciones que ha experimentado el territorio en los últimos años, marcadas por la crisis del cultivo tradicional de las flores, por cuenta de la introducción de nuevas especies más comerciales y la tecnificación de los procesos.

Hace un buen tiempo, Luis Fernando abandonó la vida rural y reside ahora en el centro urbano del corregimiento de Santa Elena; es alguien que no le huye a la modernidad y, por el contrario, usa un teléfono smartphone y se sirve de las redes sociales con gran habilidad. Es sociable, activo, visionario y muy dedicado a su familia; una persona especialmente preocupada por la conservación de la cultura tradicional en Santa Elena.

Su elección como participante del proyecto Raíces: Cultura Silletera surgió de las recomendaciones de los gestores culturales del Corregimiento, quienes además de reconocerlo como un fiel exponente de la tradición silletera, valoran igualmente sus facetas como gestor, artista, artesano y empresario.

En razón de esto, contactarlo fue fácil y para fortuna de este proyecto, él no dudó en aceptar la invitación al reconocer que se trataba de una propuesta que iba en sintonía con su anhelo por darle cada vez mayor visibilidad a la tradición silletera y destacar en consecuencia, la mayor cantidad de colores, matices y especificidades que esta alberga.

La reconstrucción de su historia de vida se efectuó a partir del método etnográfico y, específicamente, a través de la técnica de entrevistas en profundidad. Una metodología que demanda del investigador además de la realización de varias entrevistas en serie, el análisis de la información entre una entrevista y otra, para profundizar en los aspectos más significativos que van aflorando en cada encuentro y poder así, abordarlos de manera natural



Un espíritu perseverante y visionario

y espontánea. Por la misma razón, no se usaron cuestionarios estructurados o cerrados, que limitaran los temas que libremente don Fernando compartió con los investigadores.

Su historia es narrada en primera persona y reproduce fielmente las palabras, el lenguaje y los pensamientos del protagonista, registradas en cuatro entrevistas realizadas en un mes. La primera entrevista fue informal y permitió presentarle el proyecto. Esta, además, sirvió para estructurar el orden de los capítulos, de tal manera que no se perdiera la esencia de la historia y se pudieran desarrollar las categorías de investigación, previamente definidas por el equipo.

Es así como el texto que se presenta a continuación, intenta conservar al máximo una línea cronológica, a la vez que procura profundizar en algunos aspectos relevantes de la historia de vida del personaje que, en un sentido más amplio, permiten entender otros aspectos asociados a la tradición silletera, el objeto central del proyecto. El proceso demandó el registro sonoro detallado de cada una de las entrevistas (cuatro horas y media de grabación), cada una de las cuales fue transcrita, sistematizada y analizada.

Por la edad y las circunstancias propias de su historia, los testimonios de Luis Fernando Hincapié, más allá de presentarnos una fotografía del pasado del territorio, dan cuenta de procesos cambiantes y dinámicos que alimentan y avivan la tradición, proyectándola. Esta historia expresa el anhelo por recuperar y re-significar el campo, al resaltar la cultura que se le asocia. Como él mismo lo afirma: “... es necesario volver a fabricar campesinos, porque el campo es la despensa del mundo”.

Al final del texto, y para facilitar la comprensión del lector sobre ciertos términos usados por el personaje, se incluye un glosario con aquellas palabras que aluden a alguna técnica, objeto o acción representativa del territorio.

Andrés Felipe Roso

*Antropólogo, investigador
Instituto de Estudios Regionales
Universidad de Antioquia*

MI HISTORIA¹

Mi nombre es Luis Fernando Hincapié Hincapié. Nací en la vereda El Cerro de Santa Elena. Mi apellido ya es muy común y hay tres familias de Hincapiés diferentes. Mi papá se llamaba José Conrado Hincapié. Era de Santa Elena y cultivaba flores, yo creo que de toda la vida. Nunca oí decir que haya trabajado otra cosa antes que eso. Por lo regular todos en Santa Elena cultivaban, aunque había unos que quemaban carbón y otros que sacaban la tierra del bosque para vender en Medellín. Hubo muchos bosques inmensos que los acabaron, los pelaron íntegros para llevar la tierra de capote y el musgo para vender a Medellín, aunque el musgo era más que todo en el mes de diciembre. Había otros que vivían de las aves, de los pájaros, cogiendo y vendiendo con trampas. Ya hoy en día está muy controlado, gracias a Dios. La cacería está prohibida. Por aquí, había mucho conejito sabanero, mucha guagua, varios animales que están volviendo, porque la cacería se prohibió. Los días se pasaban en cultivar, regar y recoger. En la víspera de bajar, de sacar las flores para Medellín, todo el día era arreglando viaje, cogiendo flores, amarrándolas, preparándolas, lavando la papa, empacándola y sacándola al carro.

Mi madre se llamaba Ana Francisca Hincapié Llanos. Era del municipio de Guarne y tenía una labor en la escuela por radio, porque en eso existía un programa que se llamaba escuelas radiofónicas. Eran de Sutatenza². Eso llegaba el material en láminas, afiches, muchas láminas dibujadas por decir, para aprender a leer bien del dibujo. Ella era la que organizaba el

¹ *Silletero y artesano Luis Fernando Hincapié Hincapié*

² En 1947, el sacerdote José Joaquín Salcedo inició el proyecto de escuelas radiofónicas, desde la pequeña parroquia de Sutatenza, un pueblo ubicado en el corazón del valle de Tenza (Departamento de Boyacá, Colombia), Estuvo vigente entre 1954 y 1978 y terminó en 1989, cuando Caracol Radio compró la emisora. El propósito del proyecto de radiodifusión, “tuvo como objetivo la educación no formal de los campesinos con una filosofía de lo que en su momento se entendía como desarrollo integral para su propio bienestar. La escuela radiofónica no se restringía a la emisión del discurso de un profesor pues el programa se apoyaba por un lado en cartillas diseñadas para ser seguidas por los grupos de oyentes, con la participación de líderes campesinos”. Fuente: <http://www.banrepultural.org/radio-sutatenza-boletin-cultural>



Un espíritu perseverante y visionario

material, la que explicaba. La clase la daba la radio, pero había instructores que iban enfocando y llevando los alumnos a que aprendieran más fácil.

Mi papá y mi mamá eran primos hermanos, por lo cual murieron tres hermanitas con una eczema en todo el cuerpo que nunca pudo ser curada. Era por el mismo tipo de sangre. Marta Elena, Carmen Rosa y Ana Lía fueron mis tres hermanitas muertas. La primera murió recién nacida, la segunda a los siete años y la otra a los 18 años. Pero eso era un calvario esos cuerpecitos. Ellas nacían con unas ampollitas pero ya se volvían una lepra y nunca pudieron curar. En hospitales, en exámenes, en laboratorios, nunca pudieron dar con la cura para eso. A Carmen Rosa y Ana Lía, me tocó ir las a visitar al hospital San Vicente de Paúl. Las llevaban para exámenes y nunca pudieron contrarrestar esa infección. No me quiero volver a acordar.

Nosotros éramos nueve y yo era el niño, el secaleche. No faltaban las peleitas de niños. Me acuerdo que, de vez en cuando, me hacían dar rabia por algún motivo Alonso y Pedro, que salían a coger flores y como yo era muy pequeño no los alcanzaba. A veces se subían por una escalera a un zarzo y se tiraban por allá, por el muro, entonces una vez yo tenía una varilla, esperé que llegaran y los seguí hasta la puerta. Sabía que ellos se iban a tirar por allá y les salí con una varilla de hierro.

Hace dos meses murió un hermano muy querido, Pedro Nel, el más robusto, el del lado de la casa. Vivos quedamos cinco, todos con oficios muy distintos y el único artesano que salió fui yo. Está Martha Luz que fue monja y, estuvo en Argentina en un noviciado. La echaron porque no se había olvidado de la casa, entonces la sacaron de allá, vino, se casó y tiene familia. Está Isabel, que es la mayor de las mujeres y, está enferma en la clínica Las Vegas. Alonso que es el mayor y vive enseguida, tiene varios locales que manejan los hijos. Él ya está veterano. Está Aurora que vive aquí en otro piso y se mantiene en su casita, visitando



Un espíritu perseverante y visionario

los hermanos y las hermanas. Aurora no tiene familia, pero el resto tiene hijos, dos o tres hijos, Isabel tiene seis, Alonso me parece que fueron doce y mi persona tres.

Mis abuelos maternos eran de Santa Elena. Se llamaban Domingo Llanos y Mercedes Llanos. Me acuerdo de papá Domingo y de mamá Mercedes. Los quería mucho aunque vivían muy lejos de donde yo vivía. A la casa de ellos eran por ahí dos o tres horas de camino a pie y muy de vez en cuando íbamos. Eran muy pobres e íbamos a llevarles cositas. Los abuelos paternos eran de Guarne, de la vereda La Honda y se llamaban José Daniel Hincapié y Ana Joaquina. No me acuerdo del apellido. Vivían muy cerquita de la casa de nosotros. Era la casa más cerquita que había de la casa nuestra.

Yo me crié en la vereda El Cerro, al lado de mis padres sembrando flores. En mi niñez más que todo era abonando, ayudándole a mi mamá a sostener el jardín ornamental que llamamos, donde había una variedad de flores que ya en muchas partes se ha perdido desgraciadamente. Era muy hermoso el jardín de mi mamá. No se cultivaba por negocio, sino por mantener una casa bonita. Hoy en día el comité de silletteros³ está tratando de recuperar los jardines ornamentales. Yo comencé con mi mamá a ornamentar los jardines, después a sembrar clavel, a abonar, a desyerbar y a cuidar las vacas, porque también no faltaban.

En ese entonces había muy poquita finca, aunque había unas fincas muy inmensas como las de Gonzalo Ríos, don David Echeverri o doña Olga. Eran muy poquitas las casas y hoy en día podemos decir que el 60% son foráneos. Mi mamá me contaba que la primera iglesia que hubo fue al frente del puesto de salud, no había ni carretera, era una trochita muy buena, pero había una quebradita y era pantanoso.

Estudí en la escuela de primaria de la vereda Pantanillo, del municipio de Envigado. Me tocó con mi papá un domingo ir a entrar el material para levantar la escuela, porque la

³ Corporación de Silletteros de Santa Elena - COSSE.

carretera llegaba hasta muy lejos de donde iba a ser. Era de unas latas de zinc que entrábamos al hombro y a caballos, y armamos la escuelita ahí. Cuando fui a estudiar ya sabía leer y escribir. Sabía hacer pruebas matemáticas, sumar y restar, por el programa de escuelas radiofónicas y mi mamá. Había varias casas donde aprendimos las primeras palabras. Allá estudié primero y segundo, después validamos quinto aquí en el instituto campesino Santa Elena, con la maestra Aura Tuberquia. Yo no estudié más por bruto.

Como se cocinaba ciento por ciento con leña había que ir a buscar leña al monte a diario, con la dificultad de que los dueños de las fincas no permitían y nos quitaban la leña o las amarraderas, pero eso era tarea de, por decir, todos los días. Una vez a la semana se echaba abono a la huerta, entonces uno acababa temprano y se bañaba, porque cuando eso uno no se bañaba sino una vez a la semana. Uno pasaba la semana entera con la misma ropa.

Se jugaba mucho y se iba a ver cine. Aquí venían los domingos a presentar en un salón, donde estaba la casa de Gobierno, subían de Medellín. Me gustaba cuanto estaba pequeño, porque eso era un caserón viejo y tenía unas escaleras. Por ahí nos subíamos al cielorraso y cuando no nos conseguíamos la boleta, por el cielorraso las veíamos. Más que todo era cine mexicano, de los hermanos Silva, Antonio Aguilar o La María, que es una obra literaria muy bonita.

Jugábamos todos los días por la tarde. Había una casa, la de Luis Atehortúa y por costumbre siempre llegábamos todos los muchachos de la vereda a jugar ahí. Los sábados se jugaba fútbol y los domingos chucha, escondidijo o bolas, que ahora se llaman canicas. Cuando eso tener dos canicas era una dicha. Ahora las ve uno tiradas por toda parte. También jugábamos trompo, corozo, cometa y, en diciembre, los globos y la pólvora no faltaban. Incluso en un diciembre de esos un amigo se quemó. Nos repartimos cuatro en una esquina y cuatro en otra esquina del corredor a tirarnos chorrillos y buscaniguas. Entonces Juvenal Atehortúa, un gran amigo mío, que es un gran maestro musical y que vive en Bogotá, se le entró una pólvora al

bolsillo y como lo tenía lleno se prendió todo, salí con él un 24 de diciembre pa' Policlínica. Afortunadamente no pasaron muchas cosas, porque el hombre tenía miedo de que iba a quedar pa' tío, pero quedó sirviendo pa' papá, tiene hijos. En general, la Navidad era muy hermosa. Había por costumbre en la vereda El Cerro comenzar el novenario desde el 29 de noviembre, con la novena de La Inmaculada, patrona de El Cerro. El ocho de diciembre se celebraba la fiesta y arrancábamos el 16 de diciembre con las novenas del Niño Dios. Eso era cada día en una casa diferente y era una fiesta. Mucha flor, mucha pólvora.

Mi mamá hacía de comer muy delicioso. Tenía un talento y capacidad para hacer comidas. Los fríjoles le quedaban deliciosos y unos tamales exquisitos. En ese tiempo, los tamales se cocinaban, los sacábamos de la hoja y los echábamos en un perol o una sartén a dorarlos por lado y lado. Quedaban tostaditos, deliciosos. Lo que más recuerdo, de la mejor comida, eran los pandequesos y los buñuelos.

Me acuerdo de mi primera comunión. El primer párroco que hubo aquí en Santa Elena se llamaba José de Jesús Ríos, era primo segundo de nosotros y era el que subía a confesarnos. La preparación para la primera comunión la hacía una señora que se llamaba Acrimina. Pero a mí me preparó mi mamá. No me dejó ir donde Acrimina. Entonces, cuando nos fuimos a confesar, estaba cayendo un lapo de agua horrible y no llegaba el padrecito. Yo me había preparado para la confesión toda la tarde. Luego llegó y decía: “Santa Elena bendita, que deje de llover”. Como mi mamá era prima de él, me arrimó de primero. Luego, en la parroquia de Buenos Aires, cada ocho días venía el padre a decir la misa ahí, a las once de la mañana. Cada viernes, el primer viernes de mes, mamá y yo nos levantábamos a las tres de la mañana y salíamos de El Cerro a pie para la iglesia, a hacer una fila inmensa para uno confesarse. Me acuerdo de un muchacho que se ponía un clavo en la punta del zapato y al que estaba adelantico de él lo chuzaba. Todos estábamos descalzos y era para hacernos quitar de la fila.



Un espíritu perseverante y visionario

Me acuerdo de las romerías, eso ya se acabó. Hace muchísimos años que no hacen romerías, porque ya hay iglesias en muchas veredas y los padres van a cada vereda. Pero cuando eso era muy escaso. Recuerdo con mucha nostalgia que se hacían las romerías en las diferentes veredas, como San Ignacio, La Palma y en Barro Blanco, cuando todavía no había energía. El padre de Guarne venía y se traía un motor de gasolina, instalaba focos, parlantes, con complacencias para los novios y las novias en música, remates, reinado, comestibles y deporte. Eran tres días, lunes por la tarde, martes por la tarde y miércoles todo el día. La reina que ganaba era la que más plata recogiera. La romería era por lo menos una vez al año, pero era un evento hermoso.

En ese entonces se tomaba mucha tapetusa. Yo tenía una tía que sacaba tapetusa, crema de café, crema de menta, crema de banano. Sacaba por ahí cinco productos de licor, en el mico que llamaban. Mico era el aparato en el que hacían la tapetusa. Es una olla de barro larga, con tapa y un huequito en la tapa. El misterio de eso, es que se comenzaba a fermentar la panela en un barril de madera, que cuando estaba crudo era porque estaba nuevo y se demoraba mucho para fermentar. Pero cuando el barril por dentro ya tenía lama y era viejo, era cosa de cuatro días que fermentaba. Después iba al mico y en un fogón prendido le echaban candela. Entonces, comenzaba a hervir y el vapor era el licor que se extraía. Llegaba la autoridad a visitarlos, avisaban que venían y la tía mía se acostaba en la cama con el aparato debajo de las cobijas, para que no la pudieran encontrar. Aquí, había un señor Miguel que todavía existe. En las romerías, se venía con una bestia cargada con dos bultos de tapetusa de Guarne para vender.

Es aterrador el guayabo de la tapetusa. Una vez estábamos jugando en una manga en la vereda Pantanillo, terminamos el partido y nos fuimos a una casa donde vendían gaseosa. Como no había gaseosa, sino tapetusa, nos pusimos a tomar. Ese mismo día en el Olaya Herrera, salió una avioneta con droga y medicina para Chiquinquirá, porque había habido una intoxicación masiva, de una gente que se había intoxicado con parva. Ese día fue el de la borrachera de



Un espíritu perseverante y visionario

tapetusa. Yo en mi borrachera pensaba, cómo estará esa pobre gente intoxicada allá y, yo aquí con mi guayabo de tapetusa. Hasta ese día tomé tapetusa.

Yo era muy cercano a mi mamá, al fin y al cabo era el niño. Y no hay palabras para expresar la tristeza que me dio su muerte. Es el ser mayor que hay en la vida. Ella estaba enfermita cuando un día llegó un sobrino. “Que se vaya pa’ la casa que mi mamá ya se está muriendo”. Eran por ahí las diez de la mañana. Le pusieron el Santo Cristo y a las cinco o seis de la tarde llegó un carro. Subimos al carro y mi mamá agonizando, arrancamos para la clínica y aquí en Puerto Alegre que llaman, subiendo a Media Luna, falleció. Eso es muy duro.

Mi padre siguió viviendo en la casa con una hermana mía y, un domingo como a las siete de la mañana que mi papá subía por un camino conmigo, me dijo: “No, yo voy a hablar con su mamá que me lleve, que yo estoy muy aburrido por aquí”. Qué cosa tan dura. Y preciso que a los diítas se murió. Él estaba desesperado. Lo llevamos a la Clínica del Sagrado Corazón y allá murió. Yo me acuerdo que me dijo: “voy a hablar con su mamá que me lleve”, son cosas que arrugan el alma. Pero esa es la ley de la vida, nacer, crecer y morir.

Viví en Medellín, cuando tuve una floristería en la Plaza de Flores. También en el barrio El Salvador. He cambiado mucho de residencia. Yo he vivido, antes de llegar a la casa actual en ocho o diez casas diferentes. Siempre es el cambio, buscando un ideal, buscando una forma de sustentar, de buscar un trabajo decente de agricultura. El cambio es total del campo a la ciudad. El campo es un paraíso, el campo es salud, alegría e inspiración. Muy rico el campo, creo que no hay otra vida mejor que la del campo. Actualmente vivo aquí en el centro de Santa Elena y tengo tres hijos. Nidia María, Luisa Fernanda y Víctor Hugo. Una hija estudió negocios internacionales y la otra contabilidad.

La conquista del amor

Mi señora se llama Luz Mery Zapata Correa y fue la primera novia que tuve. Yo tenía 17 o 18 años, y ella tenía dos años menos que yo, pero la mamá de ella no me quería a mí, no sé por qué. Cuando eso uno era travieso y pasaron unos tres años, mucho tiempo de novios. Después nos dejamos y pasó el tiempo, años, ella por su lado y yo por el mío. Yo conseguía novias y ella novios. Luego nos volvimos a encontrar y ella se fue de la casa porque la mamá no la dejaba conversar conmigo, hasta el punto de que un domingo no fue a la casa y se fue para donde una vecina. Ella era profesora de Acaipa una guardería infantil. Yo le llevaba serenatas por la noche y salía la señora muy berraca, que no le molestáramos la hija. Eso es efectivo, por experiencia propia se lo digo y por experiencia de muchos amigos, yo me acuerdo que le llevé una canción que se llama *Qué nos importa*. “Qué nos importa bien mío que nos impidan hablar, si comprendo tu mirar y tú comprendes el mío...”. Ahí fue donde salió la señora toda brava. Eso era antes de ella irse de la casa.

Un día estábamos por aquí un domingo, cuando nos encontramos con la mamá y un hermanito. La señora nos agarró. Mantenía una varilla de un metro de largo con una rosca de hierro en la punta, era el arma de ella. A mi esposa le dio unas patadas en el vientre y, pues uno a la edad que estaba, no se iba a dejar pegar de ella. La cogí y le quité la varilla, pero así ocurrió que al otro día estaba la señora en el Buen Pastor, ésta en la clínica y el hermanito en el preventorio.

En ese entonces el inspector era un poeta, que lo trajeron a Santa Elena porque no tenían a donde tenerlo ni qué hacer con él, porque estaba muy veterano y como premio lo nombraron inspector, aunque conocía muy poquito de leyes. Él, más asustado, me preguntaba que si le había puesto el denuncia y que él le hubiera hecho varios tiros a esa señora.

Pasó el tiempo y ya nos casamos, en 1984. En ese entonces yo tenía un estadero aquí enseguida de la casa, que se llamaba El Recreo, era un estadero muy bueno. Se vendían unos pasabocas muy deliciosos, que eran unos bizcochitos calientes y unas panelitas, era un machete. Los carros paraban y encargaban, se vendían mucho y era el fuerte de ese estadero. Nos casamos con guardaespaldas, porque nos daba miedo de que esa señora se fuera a tirar en la boda. La policía estaba pendiente de nosotros en la puerta de la iglesia y la recepción fue en el salón parroquial. Fue poquita gente. Yo no invité sino familiares. La señora llegó pero no hizo nada, pasó y nos vio ahí sentados a todos los que estábamos invitados. Dio la vuelta y, al ver mucha gente, como que le dio berraquera pasar a bravear.

La señora nunca me aceptó y me tocó enterrarla cuando murió. Estaba para nacer Luisa Fernanda, la niña. Yo estaba pagando una pieza en Itagüí y mi papá y mi mamá ya habían muerto. Un día llegó el hermanito de ésta y pensé que simplemente iba a visitar a la hermana, pero no. “Es que se murió mi mamá”, me dijo. Eso fue un domingo por la noche. Yo me fui con él a darle muestra de bondad y la enterramos.

Del cultivo a las artesanías

Cuando estaba joven cultivaba flores. Se cultivaba clavel sencillo, estrella de Belén, lirio azul, agapanto, cartucho blanco y gatos. Era como lo que más se cultivaba de flores, porque también se cultivaba mucha papa, alverja, frijol, maíz, haba, coles, mostaza y vitorias. La salida para Medellín era de mínimo ocho viajes de flores, de papa y revuelto dos veces a la semana. De hierbas aromáticas, que eran muchas, como la cáscara de arrayanes, el eucalipto, alcachofa, malva, paico, yerbabuena, borraja, flor de rábano, romero, limoncillo, manzanilla, dientileona, sauco, ruda, que hay como tres o cuatro clases de ruda. También espadilla, caléndula, tilo y otras que le pasan a uno por la mente. Yo sé que el paico servía para el dolor de estómago. Secaban unas hojitas de paico y eso le aliviaba a uno los cólicos y los dolores de estómago. La finca de Santa Elena que más producía era la de mi casa. Vitorias gigantes.



Un espíritu perseverante y visionario

Eso era una cosa aterradora. Cuando estaba la huerta con el maíz sembrado durante todo el año, echaban las vitorias, pero en la huerta no se veían. Cuando ya se cogía el maíz, para volver a sembrar, quedaba la huerta blanquita de vitorias. Se transportaba en la silleta y en costales, dependiendo de la carga. La papa y el carbón, que se daba mucho, se bajaba en bestias también. Salíamos de mi casa a lo que llamamos El Estanquillo, la flor en la silleta y lo otro en viajes amarrados.

La siembra del clavel son unos gajitos pequeños, son como cuatro o cinco hebritas y nacía un semillero con la alzada de la tierra bien pulpita, bien menudita. Eran miles de palitos de eso y nacía por ahí un 20% de lo que uno sembraba. De ahí ya hacia uno un sembrado para trasplantarlo cuando estaba de una cuarta la matica. Se organizaba el terreno, se hacían los huecos y se llenaban de abono orgánico, que era sacado del monte. Capote, hojarasca, estiércol de vaca y cenizas. Cuando eso usábamos la ceniza. Era muy buena. La ceniza la hacíamos cortando el rastrojo de la finca y haciendo las quemas. Gran error, porque se dañaba la tierra. Se hacía el parche y eso no volvía a salir ni cucarrones. Para el cultivo de la estrella de belén se hacía en eras, era con huevitos y se reproducía muy fácil. Usted sembraba una mata y, entre seis meses y un año, tenía de ocho a diez matas. Cada mata daba unos diez hijos. El estasis se sembraba en eras. El lirio azul era como cercando la huerta, por todos los bordes. En ese entonces se sembraba en todo tiempo. Por ejemplo, uno veía que el clavel estaba muy hecho, muy viejo y pensaba en renovarlo. Y así cualquier mata que fuera.

La cabuya también se trabajaba con la penca y, cada año venían por lo regular por todas esas fincas con una maquina desfibradora sacando la cabuya. Llegaban negociando. Por lo regular, era una trayectoria, una rutina de cada año. Por ejemplo, sabíamos que llegaban donde Luis Atehortúa, de Luis Atehortúa pasaban donde un señor Soto, de ahí pasaban a mi casa, de mi casa pasaban donde Danielito, de Danielito a otra parte y así, ellos iban negociando en cada huerta.

Hubo una época en que llegó el capitalismo a Llano Grande con el cultivo de crisantemos, pompones, el pinocho, el clavel bogotano, la flor fina que llamamos y ya la flor de Santa Elena no servía⁴. Cartucho amarillo todavía se vendía, pero cartucho blanco, girasol, estrella de belén y el clavel sencillo, eso todo pasó a la historia. Al final arriesgaba meter capital y hacer invernaderos para cultivar flores. Entonces hubo que cambiar de forma de subsistir. Ya hubo que ponerse a sembrar mora, a comprar vaquitas pa' despachar leche a Colanta⁵ o sembrar papa. A los muchos años volvió la gente a vender lo que se había acabado. Volvieron los cultivos de cartucho blanco, el lirio azul y la estrella de belén.

Está volviendo a haber una renovación de los cultivos, porque hay varias comercializadoras de flor fina que la revuelven con la flor de Santa Elena. Fina con la tradicional de Santa Elena. Y ahora, con lo del Comité de Silletteros, que está muy entusiasmado en renovar los jardines ornamentales de las casas, hacen un concurso cada año al mejor jardín ornamental. Califican que sea variado, bonito y fértil. El que está más propenso a ganar es el que tenga más variedad de flores. No sé si eso será para los silletteros o cualquier persona podrá inscribirse, pero hay un comité. Dentro del comité de silletteros nombran unos delegados que se encargan de conseguir los jurados, los sabios de Medellín, para visitar los jardines y después hacen la premiación. El sábado pasado hubo premiación. Les entregaron premio a los ganadores de las silletas del desfile de silletteros y a los jardines que ganaron les dieron un bono por 500 mil pesos. A cada uno de los ganadores. Hubo como cinco ganadoras.

Hay mucha flor que sin embargo desapareció. En este momento estoy preguntando por el retamo, y nadie da razón de él. El retamo es una flor de dos metros de altura y no hecha hojas, sino una especie de varillitas. Da flores como unos granitos de maíz, amarillos, unos ramitos. Pero esa flor se vendía. Yo me acuerdo que la vendíamos en tiempos especiales, como en la fiesta de las ánimas y en la fiesta de la madre y ninguno me da razón de esa flor.

⁵ Cooperativa Lechera de Antioquia



Un espíritu perseverante y visionario

En mi casa paterna había de eso, pero hace unos 50 años. Nadie ha vuelto a ver esa flor. Y así hay muchas que se han perdido.

También trabajé en un estadero que tuve. Era aquí en el sector de mi casa. El local era de un hermano mío y me dijo que si lo quería trabajar, me lo arrendaba. Ahí comencé yo muy bien. Tenía mucho movimiento. Tenía un machetico, como decimos los antioqueños, que eran bizcochos calientes y empanaditas muy ricas. Los carros hacían fila para comprar y ese era el gancho para vender licor, gaseosas y juego de billar. El negocio era muy bueno. Vendía además pollo asado, empanadas y tamales. Funcionaba normalmente hasta las doce de la noche y eso que por aquí, en ese tiempo, no molestaban por los horarios. Yo tenía unos clientes que, estando yo en la cama, me tocaban pito y yo sabía si valía la pena levantarse o no. Un señor Efraín González venía mucho, una o dos de la mañana, a tomar whisky o ron con Coca-Cola.

Una vez, se perdió una moto en la vereda El Llano, de un profesor de la Universidad de Antioquia, hace muchos años. El dueño de la casa donde él vivía me dijo que si en el estadero me había daba cuenta de comentarios, que le habían robado la moto a un inquilino. Y yo le puse cuidado porque uno siempre es curioso. Cualquiera día subí yo desde donde quedaba el negocio para la alcoba mía, a cualquier cosa, cuando vi que detrás de la ventana había unos pelaos conversando y me puse a ponerles cuidado. Oí que dijo: “no, esa moto hay que sacarla de ahí, porque esta semana casi nos pillan”. Eso era un domingo, por ahí a las siete de la noche y se me quedó grabado, una moto. Seguro que es del señor que se la robaron.

Al otro día llamé al mayordomo, a un policía y a otros amigos y nos fuimos donde yo sabía que vivía ese muchacho. Nos fuimos con sogas y con zurriagos, como si buscáramos una vaca. Pasamos por el ranchito y preguntamos que si no habían visto pasar una vaca con un ternero por el callejón. “No, señor, por aquí no han pasado”. “Bueno, vamos a seguir buscando”. Cuando salíamos vimos una moto tapada con costales. No dijimos nada y nos



Un espíritu perseverante y visionario

vinimos. Llamamos al DAS o al F2, no me acuerdo. O Seguridad y Control, me parece y subieron. Cogieron los muchachos y se los llevaron para la cárcel. Dos muchachos. El dueño de la moto nos había prometido cien mil pesos, pero los cien mil pesos se quedaron envolataos. Entonces, yo para no joder a los muchachos, para no perjudicarlos, no quise volver a subir al proceso, dije que no podía volver, que me iba para Bogotá y ellos quedaron libres. Pues el denuncia se puso, pero sin los testigos que dijeran, “sí, estos son”, los dejaban libres. Y yo, más bien engañado por la propina que no había llegado dije, para qué vamos a enviar a la cárcel a esos muchachos bien jovencitos, a los ocho días salieron. Esa fue una de tantas anécdotas del estadero. Tuve el negocio muchos años. No me acuerdo cuanto, pero fueron muchos años. Estando ahí me casé.

También estuve trabajando con la Nación en el INTRA (Instituto Nacional del Transporte), después de que eso se acabó me puse a trabajar con madera, comprando los montes de madera y vendiendo la madera. Después trabajé con el departamento en rentas departamentales, y luego en la carretera, manejando un grupo de trabajadores, manteniendo la vía Medellín-Aeropuerto- Rionegro, por cinco años más o menos, rozando los bordes y parchando la carretera. Éramos 17 trabajadores, pero se me acabó ese contrato y yo me quedé sin con qué comer, sin con qué pagar estudio, sin con qué pagar arriendo. Me llegó la depresión más tremenda, la poca fe en Dios, me desesperé y me vino el Parkinson.

Esporádicamente he trabajado en floristerías. Yo tuve floristería en Medellín. Manejé una en Belén-La Gloria, como dos años y, tuve una de cuenta mía en la Plaza de Flórez. La casa estaba ahí mismo y subíamos para Santa Elena cada ocho días. Me pegué la quebrada del siglo. Estuvo mal manejada, por falta de experiencia. Ahí perdí un capital mal administrado, porque yo no tenía conocimientos de manejar bancos, de manejar créditos, de manejar contabilidades. Sino que eso era ahí a lo fácil. Me cogió la depresión de estar sin trabajo y me puse a pensar de qué íbamos a vivir. Entonces una hija mía que trabajaba por contratos en el Museo El Castillo. me dijo que por qué no buscábamos la forma de trabajar flores

inmortalizadas, pero no sabíamos ni poquito de cómo se lograba. Entonces, me puse a recoger flores que eran las que creía que me servían para eso. Las metía en periódicos, en la guía telefónica, debajo de los colchones, debajo de los muebles, aplastadas, dejando que se secaran y quedaran buenas para trabajar. Cualquiera día cogí las mejores y las metí en una laminadora, pero eso quedaba muy feo y, siga pensando. Hablaba con amigos que me decían que probara con glicerina, con líquidos, que con Fab, que con arena. Pero usted echa una flor en medio de arena y sí, se seca, pero a los ocho días o quince pierde el color. Lo mismo con el Fab, se seca la flor, pero pierde el color.

Ya después estuve estudiando, buscando en internet, en libros, hasta que una señora me prestó un folleto muy bueno y, fuimos dando con la clave. Lo primero que sacamos fue unos separadores, pero no se vendían casi. Entonces, le dije a la hija una vez: “¿por qué no hacemos aretas con eso?” Y sí, pero la técnica era laminado todo, la aretas, los separadores y los portavasos. Un día cogí unas aretas y me fui para Medellín, a un mercado campesino en el Parque de Laureles. A las tres de la tarde una periodista me compró un par de aretas, eso fue todo lo que vendí ese día. Me vine y seguí insistiendo. Me decían que no valía la pena, que no siguiera con eso, que buscáramos otra cosa y les dije “no, yo sigo con esto”.

A los quince o veinte días salí a vender a Carabobo, en un mercado de campesinos. Llevé un mostrario de aretas muy bonito en acetato, pero en varias formas: flores, rombos y cuadros. A las dos o tres de la tarde, ya había vendido como 180 mil pesos y estaba muy animado. Luego, llegaron unos mexicanos que se enamoraron de eso y compraron casi 600 mil pesos en mercancía. Entonces, eso nos animó mucho.

Contacté un amigo que tenía una hermana que trabajaba en El Colombiano, le comenté la idea y mandó una periodista con un fotógrafo que me hizo un reportaje. Con eso se fue elevando Floresse, que fue el nombre que le pusimos a la empresa. El nombre fue muy acertado, significa Flores de Santa Elena. Después ya buscamos la forma de mejorarlas con



Un espíritu perseverante y visionario

un sistema en acrílico para las aretas y los accesorios. Lo único que se sigue haciendo con acetato son los portavasos y los separadores.

También nos dieron mucha televisión en Teleantioquia, en un programa que se llamaba Enlace, que era como de once a doce del día y que dirigía ese que dirige Serenata, Héctor Garcés, con Jazmín. Eran los que manejaban Enlace. Fui a varios programas y la gente nos llamaba. A la gente le parecía muy curioso y novedoso. Y como decir Santa Elena es decir flores, eso nos ayudó. Se vendía menudeadito. Muchachas de universidades, todavía hay muchas que trabajan con eso, vienen a comprar para ellas vender. En los colegios, en las universidades.

Los primeros días de Floresse, vendíamos en el mercado campesino de Medellín, pero nos quedaba muy poco espacio para vender. Entonces, abrió el mercado Parque Arví y citaron a una reunión para los que quisiéramos participar. De los cuales yo soy uno de los fundadores. Con estos productos fuimos fundadores del mercado. Aquí hay muy pocos artesanos en Santa Elena. Nativos de Santa Elena no somos sino dos. En Arví se sale cada ocho días, sábados y domingos, pero, de vez en cuando sorteados, turnados, nos toca la semana completa. Somos, por decir algo, ochenta, entonces nos dividen para que nos toquen tres o cuatro semanas completas al año. Sin embargo, fijo cada ocho días estamos allá en el metrocable, lleno de turistas.

Como fundador de Arví nos ha ido muy bien. Arví para mí ha sido la redención y en un alto porcentaje la del bienestar de la comunidad de Santa Elena. Porque hay muchos que vivimos de Arví, aunque lo critican porque los empleados no son de Santa Elena u otra cosa. Pero tengo mucho que agradecerle. Cuando iban a hacer el parque todo cambió. Ese parque lo estábamos proponiendo hace muchos años arreglado, pero no se podía porque era de la parroquia y el municipio no podía invertir plata en terrenos que no fueran del mismo



Un espíritu perseverante y visionario

municipio. Yo creo que quedó muy bueno. Aunque todavía le hacen falta más baños públicos y parqueaderos. Son primordiales en ese parque.

Hay una anécdota muy graciosa y lamentable, diría yo. Donde está el mercado había un mercado comunal, administrado por las juntas de acción comunal de Santa Elena. Entre tantos años y tantas vueltas, esas acciones comunales se acabaron, se perdió mucho la claridad de las cosas y el ánimo por la comunidad, entonces llegó un cura y vendió ese local a la cooperativa Coopasana, que es la que está lindando ahí. Eso nos dolió a la comunidad mucho, porque el padre lo hizo sin consentimiento de la comunidad. Incluso capital del mercado era de la coral femenina y de diferentes veredas. Entonces se armó pleito y lo ganamos. Apelaron los de allá, pero en último término lo ganamos. El juez subió y dijo que Santa Elena tenía derecho a mercado comunal, porque hacía muchos años que había sido de la comunidad, que como ya se había pagado el local, para reponerle a Coopasana la plata que habían dado por el mercado, le daban un pedazo de terreno que hay entre el mercado y la entrada, que era del gobierno. Donde venden obleas y hacen los quesitos.

En esos días me fui para Medellín, porque trabajaba en Medellín. Me desmotivé del trabajo por la comunidad y, cuando menos pensé ya habían vuelto a vender el mercado. En este momento es particular y, Coopasana quedó con el mercado que vendió y con la tierra que pedía. Y todavía hay gente con ganas de remover eso.

Al mercado del Parque Arví llega mucho turista y ha habido contactos de Honduras, Canadá, Panamá, México, San Andrés y muchos municipios de aquí de Antioquia y de Colombia. Nosotros no exportamos. La gente nos pide por encomienda, pero estamos buscando el camino para exportar. En teoría es duro. Por ejemplo, el municipio de Medellín nos debería apoyar más. No hemos tenido ni pizca de suerte con esos programas o con plantas. Lo único que nos hemos ganado son unas clases. Pero eso no es suficiente.

Los negocios me han dejado enseñanzas. Uno tiene que prepararse para cualquier negocio que vaya a hacer. Tiene que poner mucho cuidado. Yo he sido un empírico para todo. Pero tengo la experiencia. Y pa' saber si el negocio sirve o no sirve tiene que meterse a él. Cuando empecé a trabajar con Floresse, ya va a ser once años, me decían que eso no valía la pena, que eso no servía. Y yo decía, ¿cómo sabemos si sirve o no? Si no hay el negocio, si no se conoce y eso es lo primero que vamos a hacer. Me dediqué a eso y, afortunadamente, las muchachas estaban estudiando. La una se graduó en negocios internacionales, que tiene mucho que ver con esto y, la otra, en contabilidad. Son las que más saben de la empresa hoy en día, que es la que nos está dando el sustento para todos. Y todos los días va mejor. Aquí sigo yo, con mis flores encarceladas, pa' que no les pase nada.

La vocación musical

Toda la vida nos ha gustado la música, a mí me gustaba mucho el Dueto de Antaño y Los Collazos. Con Alonso, mi hermano, nos manteníamos cogiendo flores y cantando, todo el día era cantando. En la casa teníamos radio, un radio que en un principio se trabajaba con batería, porque en ninguna parte había energía. Aquí la energía llegó hace más o menos 45 o 40 años a las veredas. Había que bajar la batería y cargarla en Medellín, porque no había de pilas ni energía, era una batería de esas normal de carro. Los radios los hacían en Medellín, no me acuerdo el nombre, de que marca. Había un programa muy bueno que se llamaba Fiesta Musical, de doce del día a una o dos de la tarde. Hoy era un dueto, mañana otro, martes y viernes era el Dueto de Antaño. Ese no nos lo perdíamos y escuchábamos en la sala o en el corredor. A la casa iban todos los vecinos a disfrutar la radio, porque era la que más cerquita estaba o en ocasiones la única que había. En la vereda había dos radios, que eran uno en una finca y otro en mi casa. Eso era muy escaso.

Había otros buenos programas de radio, aunque muy poquitos. Que yo me acuerde, había programas de novelas que escuchaba en la casa mi mamá, novelas y el programa de música



Un espíritu perseverante y visionario

campesina, Amanecer Campesino. Guasquilandia también fue un programa que duró muchos años y era dirigido por La voz de las Américas, por un señor José Nichols Vallejo. Era muy del pueblo. Y programas humorísticos estaban Los Chaparrines, La escuelita de doña Rita y, ya después, Montecristo. Todas las emisoras eran de Medellín. De pronto se llegaba a coger alguna radio de Santafé de Bogotá. Los domingos, en La hora de los Novios, a las siete de la noche, gustaba mucho un programa de complacencia por las emisoras. Por decir algo, alguien le dedicaba a su novia alguna canción. Eso lo cogió el gobierno por seguridad, porque no permitían ya mencionar nombres directos de personas.

Cuando no había radio o la capacidad de la gente para comprar radio, un señor don Libardo Hincapié, que no era de esta familia, se inventó unos parlantes que regó por todas las casas. Los conectaba con alambritos de esos delgaditos que usaban pa' timbres y cobraba la mensualidad. Por todas esas casas esos parlanticos. Llegaba, conectaba la radio de él y transmitía a su amaño. Tuvo una acogida muy buena por la escasez de plata y de radio. Cobraba la transmisión, como una antena parabólica, pero de radio. Y lo sano que era la comunidad, porque eso no se lo robaban. Esos alambres con palitos ahí clavados y se mantenían esos alambres. Recuerdo también, que un vecino tenía un tocadiscos de pilas, era pequeñito, una maletica y nosotros teníamos dos longplay. Salíamos viernes por la noche y los sábados con los longplay. Yo también tuve después una grabadorcita. La televisión llegó mucho tiempo después. Las muchachas salían a la casa cural a ver la televisión, a ver la novela desde las siete de la noche hasta las diez de la noche, que nos íbamos para la casa a pie por esas trochas.

Yo canté varias veces en la radio, en un concurso que hacían en La Voz del Triunfo, que era como se llamaba esa emisora, patrocinado por La Boina Roja, que era una carnicería. Había que inscribirse al concurso e iban llamando por orden a los participantes los sábados. El premio era la grabación de un disco y no me acuerdo cuánto en efectivo. Pasé para tercer concurso, ya para la final, pero los compañeros no quisieron volver, les dio miedo, porque

eso siempre asustaba mucho, esos micrófonos, sabiendo que nos estaban oyendo en toda parte. Pero cuando eso yo cantaba como por los borditos.

Tiempo después, había unos hermanos Ramírez de Piedra Gorda, que tocaban muy bueno guitarra. Eso los escuché y un día les pedí el favor de que me involucraran en su grupo. A ellos les gustó y nos resultaban muchas serenaticas, nos resultaban contraticos porque nos conocían. Tocábamos música andina colombiana, mucha serenata, era espectacular. Una vez tuvimos una anécdota muy curiosa. En una casa eran cuatro mujeres y había uno que estaba peliado con la novia, con una de ellas. Me dijo que quería llevarle una serenata, que quería reconciliarse con ella y le dije que listo. Escogimos unas canciones, ensayamos y nos fuimos. Terminamos la primera canción, que era una canción de aburrido, de bravo con la novia, cuando los berridos de una muchacha adentro, llorando. Pero yo sentía que la que lloraba, la voz que se oía, no era de la dueña de la serenata. Y fijo que era otra muchacha, se había peliado con el novio y pensó que la serenata era pa' ella. Le dábamos serenatas a las amigas, a los amigos. A veces nos abrían y nos daban la merienda, licor o nos daban platica.

En algún momento me nombraron presidente de la Acción Comunal de la vereda El Cerro y propuse traer al Duetto de Antaño a Santa Elena, porque me encantaba. Hablé con la junta y con la acción comunal y me aceptaron la propuesta. Me fui para Medellín y pregunté donde vivían. Eran tres y, Ramón Carrasquilla era la primera voz. Había uno que no tocaba, sino que sólo cantaba y había otro que tocaba únicamente. En ese tiempo vivía Ramón Carrasquilla en Barranquilla con Bolívar y, allá fui y hablé con él. A lo último yo me entendía ya con Camilo García, que vivía por la América, junto al Salazar y Herrera. Nos hicimos muy amigos. Cuadré con ellos pa' la siguiente semana, cuando cualquier domingo por la noche me llaman a mi casa, me buscan, porque en mi casa no había teléfono y me avisan que no podían subir. Ahh... yo ya había repartido boletas y eso fue la desmoralización y la angustia más berraca, pero alcancé a hablar con ellos y me dijeron “tranquilo hermano que lo vamos a hacer el próximo domingo, es que nos resultó un programa en Pereira y, para no perderlo,

nos tocó. Nosotros subimos a colaborarles porque ustedes son de la comunidad. Y si, estuvieron el día que fue y la gente no cupo en el salón. Fue espectacular el evento y desgraciadamente vuelvo y peco, ya que no hay un recuerdo de eso, ni un cassette, ni una foto. Absolutamente nada.

Una vez hubo una propuesta de sacar el himno de Santa Elena en el consejo parroquial y participamos como diez, de los cuales la letra mía salió favorecida. Y como era amigo de Camilo García, le dije que por favor mirara esa letra pero, que sin mentirme, me dijera si servía o no servía. Él me dijo: “yo la voy a leer, tranquilo y, si me parece, le regalo la música”. Se la llevó y a los ocho días me mandó la razón que fuera por la partitura hecha con la música. Pero hace treinta años de eso y no he podido grabar. El himno de Santa Elena lo escribí yo, un día que salía de mi casa por una donación a la parroquia, que queda a unos tres kilómetros de la casa. Me vine por todo el camino que llamamos de La cuchilla a pie, inspirándome e hice el bosquejo, seis versos y el coro.

Me gustaba mucho escribir. Nada más ahora recogiendo los temas que tengo por ahí, de versos y escritos, veía que desde 1975 más o menos, comencé yo a hacer poemas, versos y canciones, pero más que todo, versos, aunque también hacía trovas. Le regalaba a mi hijo, a muchos estudiantes y amigos que me pedían que les hiciera alguna nota para una tarea o algo. Yo se las hacía en rima, cualquier contenido escrito. Todo era intuición.

Son pocos los libros que yo he leído. De pronto me gustaba mucho leer los libros de Jorge Robledo Ortiz, de unos libros que tenía un hermano mío mayor, libros de poesía. *Barro de arriería* se llamaba el libro, muy antioqueño y hablaba de los arrieros. Me gustaba escuchar el *Caballero Gaucho*, que es argentino y otro declamador, que llamaba El indio Rómulo y, era bogotano. También los poemas de Rodrigo Correa Palacio, en un programa que había y que se llamaba Arrieros Somos. Pero aquí se inspira uno muy fácil por la tranquilidad, el ambiente, el paisajismo y la historia de los antepasados. Santa Elena culturalmente tiene



Un espíritu perseverante y visionario

mucho. Apenas está saliendo a flote, pero lo que es la historia de las silletas y los silletteros creo que es de lo mejor que tiene Colombia. Yo sigo escribiendo. Por ahí estoy haciendo un tema para mi señora y, otro para el hogar.

Al mucho tiempo de tocar con los hermanos Ramírez, estaba yo en un estadero que se llamaba Mirador Cielo Verde. Allá había unos músicos y canté una canción con ellos. Un señor de Medellín me oyó y me dijo que si quería cantar una canción con él y la cantamos. A él le gustó, entonces me dijo que si hacíamos la música juntos y yo le dije que sí, claro que sí. Eso fue tremenda la acogida que tuvimos. Se llamó Trío Alma Antioqueña, fue muy chévere.

Tocábamos música romántica colombiana y música andina colombiana, que era el fuerte de nosotros. En todas las veredas nos contrataba el municipio para serenata a las madres y en todos los barrios de Medellín. Eso eran dos o tres salidas semanales para trabajar la tarima.

Cambié mucho de compañeros, porque es difícil lidiarnos. Yo tomaba mucho aguardiente y los tomaba dobles, pero cuando empecé a trabajar en la música yo dejaba aquí el alcohol, porque a uno le pagaban por cantar y en varias ocasiones tuve que cambiar de compañeros por ese motivo, porque se emborrachaban. Y como yo no tocaba, sólo era la primera voz, se necesitaba músicos, pero era yo quien conseguía los contratos, hasta el punto de que estuvimos en el hotel Cartagena Hilton en “La semana paisa”, cantando en dos años consecutivos. Cuando eso ya tenía las artesanías, y ganaba por punta y punta. Con silleticas miniatura y como músico. La colonia antioqueña allá es muy numerosa y nos tocó muy rico, viviendo a cuerpo de reina, la primera vez una semana y la segunda vez 15 días. Teníamos presentaciones todos los días, de dos de la tarde a diez de la noche, en una fonda antioqueña que ponían en el salón. Eso no cabía la gente. Y después de las doce de la noche, las serenatas.

Una vez en el hotel no habíamos terminado cuando escucho “señor Hincapié”. Y dije: “a la orden”. “Siéntese”. Eran dos muchachas y dos muchachos. “¿ustedes cómo me conocen?”,

pregunté. “No, el mesero nos contó que usted era el director del trío”. Me dijo que para dónde íbamos a las doce y le dije que pa’ la cama. Me preguntó que a cómo cobraba la hora, yo le dije que a tanto y me dijo, “Ah bueno, a las doce nos vamos para mi apartamento”. Era en un piso 18. Todo el piso era el apartamento. Una cosa estrambótica de lo bonito. Griferías y chapas de oro, neveras con lo que quisiera y licoreras. Ricardo Burgos llamaba él, no se me olvida. Cantamos de doce y media de la noche a ocho y media de la mañana.

Lo que más me gustaba cantar era música popular colombiana, que era la línea que más me llamaba la atención, andina colombiana. También me gustaban las rancheras, todavía me gustan, pero mi concepto general de la música era primero la andina colombiana, siguiendo con la romántica y la mexicana. A uno se le pega la melodía. Por ejemplo, cuando yo estaba cantando, la gente gritaba “viva El Duetto de Antaño”, aunque estuviera cantando algo distinto. Tenía muy pegado tanto el estilo de letra como la melodía y yo tengo mucho qué ver con El Duetto de Antaño. Por eso supe yo que sabía cantar. Lo que pasa es que, gústele o no le guste, uno está en un escenario en una presentación y a uno le piden toda clase de música. Entonces, por eso se tiene que aprender la letra. Yo tenía un repertorio, o tengo un repertorio de más de 470 temas. Cualquiera día que estaba sin qué hacer, me puse a anotar los títulos de las canciones que me sabía y llegué a 470, pero sé que son más. En el primer grupo que tuve, por ejemplo, me pedían que cantara boleros y yo no sabía casi boleros. Pero yo viendo que la gente los pedía, tuve que renovar el repertorio y aprender boleros, los más populares, como “Cosas como tú”, con la que una vez un señor se enojó, porque “¿cómo así que cosas como tú?”, que la señora no era cosa.

Con el Trío Alma Antioqueña, fue una experiencia muy hermosa que tuvimos y un trabajo muy lucrativo. Trabajé como 20 años música y, por lo regular, era mínimo dos o tres salidas semanales, serenatas o programas culturales, todas las ferias de Medellín, Rionegro, Guarne, Itagüí y Bello. Era un trío muy bueno, hasta el punto que la gente venía en carro a buscarnos



Un espíritu perseverante y visionario

aquí, gente de Medellín. Nosotros repartíamos tarjetas y el 90% de las presentaciones eran en Medellín.

También estuve en la Estudiantina de Santa Elena. Era muy buena. Tenía tiple guitarra y flauta. La integrábamos unas 12 personas y tocábamos en eventos más que todo de la parroquia. En otra ocasión formé una banda. Eran 80 músicos y se acabó por falta de recurso. Pero cuando llegó el Parkinson perdí mucho la voz, entonces ya tuve que suspender el trabajo con el trío, porque a mí me seguían llamando, pero yo por respeto no podía comprometerme a cantar, porque la voz ya no era la misma.

Hace algún tiempo hice una grabación casera del himno de Santa Elena, en una grabadora. Yo conozco un maestro, que es hijo de un compañero que se llama Juvenal Atehortúa y que nació en la vereda El Cerro. Se casó y vive en Bogotá. Fue director de la Estudiantina Colombia y tiene un sobrino que está haciendo licenciatura de música en la Universidad de Antioquia. Con él tocando el clarinete grabamos el himno, es un maestro.

Recientemente grabé un CD, pero ojalá hubiera quién nos ayudara. Por ejemplo, la semana pasada me di el paseo del año, afortunadamente. Nos fuimos para San Andrés toda la familia y en el aeropuerto de San Andrés dijeron que en el avión iba el alcalde de Medellín. Entonces, me le presenté, me hice una foto con él y le entregué el CD. Le dije que esperaba una llamada o alguna cosa. Ya van ocho días y nada. Yo ya había hablado con el secretario de él por whatsapp y le dije que me diera una entrada para hablar con él y me dijo que no, “que tráigalo, que yo lo espero”. Llegará el día que me entreviste con otro alcalde. A mí me parece que el trabajo del CD vale la pena, no sé si será porque es mío. La gente ha dicho que les gusta. La gran mayoría me han llamado a felicitar me, pero a nivel de emisora, a nivel de promoción, no he podido hacer nada.

Actualmente, estoy en un dilema, tengo 16 temas grabados en el CD, pero Sayco Acinpro necesita 20 temas. Entonces hay que hacer otros cuatro y hacer cuatro más vale un poco de



Un espíritu perseverante y visionario

plata. ¿A quién no le he llorado en el municipio? A Cultura, a Educación. Grabé el CD porque afortunadamente me encontré, a lo último, con el secretario general de Área Metropolitana, que es amigo mío hace 25 años. Yo no sabía que estaba allá. Cuando lo vi y me vio yo lo saludé, le di la muestra y le encantó. Y él fue el que me sacó de penas.

Amor por el deporte

Jugué mucho fútbol. Era medio campista, tenía mucho físico y teníamos un equipo. Cuando eso se jugaba tres dos cinco. Nosotros entrenábamos, por decir, diario. Jugábamos de cinco o cinco y media a seis de la tarde, hasta que no se viera ya de oscuro, donde parábamos porque se nos perdía ese balón. Jugábamos en una cancha en El Cerro, en el Plan de Norberto que llamábamos. Ya es un cultivo de clavel.

Antes entrenábamos los sábados por obligación. Se jugaba todos los días, pero por obligación era los miércoles y los sábados era entrenamiento. Un sábado nos íbamos a jugar un partido hasta Pantanillo trotando Iván Ríos y yo. Son cuatro kilómetros pa' ir. Jugábamos el partido y nos devolvíamos trotando, para entrenar. Al otro día, a las seis de la mañana, el partido en la cancha de Santa Elena. Terminábamos el partido y nos íbamos a jugar el partido de Sajonia, a las dos de la tarde. Íbamos trotando y jugábamos como si nada y nos devolvíamos tarde. A uno no le pasaba nada porque en esa época era muy bueno, todo muy sano. Un muerto era un escándalo muy horrible. Un robo era muy escaso.

Recuerdo que una vez, subía un paseo para Rionegro de Medellín, no sé de qué barrio, pero estaban haciendo desorden en el estadero El Cartucho, que queda más adelantico de donde era el retén. Y un policía de apellido Pineda, con una carabina, metió al calabozo a diez. Un niño que estaba ahí llamó a la policía y subió Pineda, tomó una carabina y subió al hotel y metió los diez al calabozo, pero eso fue hace tiempo. Afortunadamente este paraíso todavía se conserva en santa paz, yo diría. Lo que pasa es muy poco. Robitos y viciositos. Aunque



Un espíritu perseverante y visionario

de vez en cuando han pasado cosas malucas. Por ejemplo, cogieron una muchacha por la tarde y la violaron por la carretera que va del parque a la vereda El Llano. A otra señora la mataron y, dizque está pagando el muerto un muchacho que, para mí, es inocente. Eso sí fue un caso muy aburridor, porque la agarraron a puñal y en el hospital de Rionegro murió. Pero aquí esto es muy sano. Será por el clima, porque las familias son avenidas, unidas, hay mucha unión.

Soy hincha del Poderoso, aunque sea el nombre no más. Un lunes, hace más o menos 15 años, estaba yo en la cama como a las seis de la mañana y oí que Castillo, el Presidente del Medellín dijo que iban a cambiar el logo y los escudos. Y ahí mismo cogí el teléfono y llamé. Me fui a ofrecerle un desfile de silleteros y lo aceptaron. Me tocó en el estadio con una silleta que hice con el nuevo diseño, con el escudo de dos metros. Tiene que haber en alguna parte una foto de ese momento. Otra que no he podido conseguir es cuando Teleantioquia cumplió 10 años, que me tocó cargar una silleta de 220 kilos.

En la radio no me perdía yo partido transmitido del Medellín. Cuando jugaban por la noche llevaba el radiecito para el lado de mi cama, pa´ ecuchar el partido. El fútbol es una pasión. Lástima que ya haya perdido tanto, por tanta violencia. Yo dejé de ir al estadio por eso. Siempre me gustaba ir a tribuna alta. Ahora tengo varios amigos en el Concejo de Medellín que les dan entradas, pero ya no me provoca ir al estadio. Lo veo aquí por televisión, aunque me pregunto, ¿pa´ qué un comentarista en televisión si todo el mundo ve lo que está pasando? Iván Mejía es muy fastidioso.

Una breve incursión en política

Cuando estuve en Medellín administrando la floristería de Belén-La Gloria, eso fue un fracaso, porque nosotros no teníamos como orientación de finanzas, ni de manejos, ni organización y, todo se beneficia de eso. Entonces, yo me quité del negocio y me vine



Un espíritu perseverante y visionario

pensando qué hacía. A pesar de que mi familia toda era conservadora, me salió la idea de entrar al liberalismo y me fui pa'l directorio de Bernardo Guerra Serna. De pronto mi mamá tenía apego hacia los liberales, pero la gente sí me molestaba mucho y todos los hermanos.

Cuando eso no había aquí en Santa Elena quién coordinara ese grupo. Entonces, me recibieron con mucho agrado y me puso carro que me trajera a la casa. Yo iba allá y me atendían muy bien. Yo le ponía a él un poco de votos y llegué a poner 300 votos aquí en Santa Elena. Al principio era difícil porque la gente todavía era reacia para inscribir una cédula. Entonces, había que llevarla a votar a Medellín, en buses, en escaleras. Yo seguí trabajando y cuando vi la oportunidad pedí un trabajo y me mandó llamar, para trabajar con los que manejan la topografía, los topógrafos, como ayudante de cadenero, los que andan con ese palo grande.

Pero después yo le dije a él que me pesaba menos el azadón, que a mí ese trabajo no me gustaba. Me dijo que, ¿qué quería pues? Yo quería trabajar en el Intra, Instituto Nacional de Transporte, que eran unas carreticas amarillas en los retenes y ahí me acomodó él, al otro día estaba trabajando por contrato. Ocurrió que a los tres meses Bernardo Guerra se fue pa' Japón y el doctor Henao aprovechó la ausencia de él y me sacó. Me mandó llamar diciéndome que ya se me había acabado el contrato. Y como yo no había firmado contrato ni nada, todo era verbal, me tocó salir. A mí eso me cayó muy maluco, y como he sido muy testarudo, pasó lunes, martes, miércoles y yo muy aburrido aquí me fui para Medellín, compré un tiquete de avión pa' Bogotá, pa mí y pa' un amigo y me fui para el Directorio. Como no estaba Bernardo Guerra, le dije al secretario que me diera una tarjeta para la doctora María Isabel Arango, que era la subdirectora nacional de Transportes, en Bogotá.

Aproveché y le llevé varias cartas de amigos de ella, de aquí de Medellín. Ella me atendió muy bien y me dijo cuando llegué: ¿Y usted vino a Bogotá a qué? Le conté que un empleo que me dio el doctor Bernardo Guerra me lo van a quitar, porque él no está. Y me dijo: “es

que no hay vacantes, no hay puesto para los liberales, porque eso es conservador, pero váyase tranquilo que cuando salga el primer puesto es para usted”. Me vine y a los ocho días me dijo el conductor de Bernardo Guerra, que ya había llegado de Japón: “¿va a hablar con él?”. Entonces, él habló con Guerra y me mandó decir que lo esperara a la entrada, a la hora del almuerzo, no por la puerta de Carabobo, sino por la puerta de atrás. Cuando eso la alcaldía era en Carabobo, allá en la Plaza Botero. Entré y me cogió de la mano, ya que a mí me querían mucho. Me dijo ¿qué le pasó don Fernando? No, pues que su amigo Leonel me echó porque usted no estaba por aquí. “¿Y qué hacemos, si ese hombre es el que manda allá?” Yo le dije, “llámelo y hable con él”. Le dijo a la secretaria que lo comunicara con él y yo sentado ahí mientras él hablaba con el doctor Leonel Henao. Conversaron de muchos temas y, a lo último, preguntó: “¿y qué hubo de este señor de Santa Elena que le recomendé yo?, me dice que vos lo llamaste y que le dijiste que no volviera. No te preocupés que aquí está conmigo.” Volví y ahí estuve hasta que prácticamente se acabó.

Cuando trabajaba con la vial me nombraron presidente de acción comunal de la vereda El Cerro. Estuve como cuatro periodos. Para el primero, ya estaba yo peliado con Bernardo Guerra por muchas razones. Porque él no estaba de acuerdo con el manejo, entonces los coordinadores de las zonas nos estábamos retirando. Pero él me llamó y me dijo que lo acompañara en la JAL, en la plancha, cuando yo ya había hecho una lista, mezclada de liberales y conservadores. Yo estaba en un segundo renglón, buscando traer gente del conservatismo. Cuando Bernardo Guerra me llamó, yo ya había trabajado mucho sobre esa meta que yo tenía, y él me dijo que no, que eso no iba a salir adelante, que yo de segundo renglón no salía. Que nosotros no teníamos tanta gente. Le dije: “yo estoy con la gente y la gente me cree”. Lucharon mucho porque me retirara de esas planchas y no quise. Llegamos a la elección y la plancha mía sacó dos renglones, mientras que la de él no sacó nada.

Santa Elena tiene muchos líderes y muy buenos. Todo se volvió más liberal que conservador. En este momento están muy igualadas las cosas, porque a la gente casi no le gusta votar. A



Un espíritu perseverante y visionario

mí, personalmente, me llama muy poquito la atención. De hecho, creo que es una empresa, que montan los políticos para lucrarse ellos y sus alrededores.

Estuve vinculado a la política hasta hace por ahí unos 20 años. Lo último que recuerdo, es que colaboré con los más vecinos, pero ya no como antes. Sin hacer reuniones, ni manifestaciones, que yo hacía mucho. Antes yo ponía transporte, música, comida. Hacía una fiesta y la gente acudía.

Desfile y tradición sillettera

Tuve una novia en la vía la Palma, donde han sido muy silletteros. Les pedí el contrato para el desfile y me lo dieron. Cuando eso el pago era muy poco y la gente lo hacía era por participar, aunque pagaban lógico. Participé con una media carroza en un desfile y otra vez me tocó, pero no ya como desfilante sino como observador, que hubo una huelga de estudiantes y tiraron piedra. También me tocó viajar a Bogotá, al primer desfile de silletteros en la capital, la primera salida que hicieron los silletteros de Medellín fue a Bogotá, a un programa que se llamó el encuentro de las dos Colombias. Consistía en que, cada departamento llevaba la mejor representación cultural y le correspondió a Antioquia los silletteros. Una señora Aura Múnica, que trabajaba en el Seguro Social coordinó. Ella era muy amiga de María Elena de Cobo, que era Ministra de Trabajo. En ese entonces era López presidente.

Recogimos 100 silletteros de todas las veredas y llegó la hora de salir para Medellín, al Olaya Herrera, porque cuando eso no existía el aeropuerto de Rionegro. Llegamos a las ocho de la mañana y a las nueve se fueron 20 silletteros. Pasaron las horas, 12:00 m, 1:00 pm y, nosotros 80 sin salir. Aseguraban que no iban a llevar más, que iban a desfilan solamente los 20 que habían salido antes y que ya estaban en Bogotá. Entonces, llegó un señor que se llama José Fernández, un líder de la vereda El Placer. Nos reunimos y sacamos un memorial pidiéndole

el favor a los que estaban en Bogotá que dijeran que no desfilaban si no llevaban los otros 80. Él compró un tiquete, se fue en avión y la revolución en Bogotá fue tremenda. Entonces tuvieron que avisarle a todos los aviones que iban para Bogotá que hicieran escala en Medellín, para ir echando los cupos que hubiera. A las cinco de la tarde me tocó salir a mí, fui de los últimos. Llegamos a Bogotá a las siete de la noche y al otro día fue el desfile. La gente impresionada de ver ese espectáculo. También estuvimos en Cúcuta con el desfile de silletteros.

Participé muy poco de los desfiles, por ahí unos cuatro años. Porque no valía la pena, no se justificaba, no le veía como mucho futuro. No creíamos que iba a tener esa acogida que tiene hoy en día. Es uno de los programas más bellos que tiene Colombia. He hecho muchas silletas, desde miniaturas hasta una que me tocó hacer de cuatro por dos metros. Fue una de Pilsen, que se ubicó en el pueblito paisa. La más pesada fue una que hice para Teleantioquia, era una monumental con un hueco para un televisor de 16 pulgadas. Debajo del televisor iba un VHS y debajo del VHS una batería. La programación la cerraba yo, pero como estaba tan pesada, por ahí 260 kilos, no se podía cargar.

Las silletas tienen que tener la flor de Santa Elena y sobre todo la tradicional. A la monumental sí le permiten tener flor exótica que llamamos. Pero aquí no hay flor exótica. Es muy escasa. La monumental lleva, por ejemplo, orquídeas, entre otros tipos de flor, porque esa va flor por flor. La tradicional es en ramilletes. Aquí, sin embargo, hay mucha flor todavía.

Era muy bonito cuando existía el camino y no había carretera por las veredas, porque los viernes y los sábados salía todo el mundo con el viaje de flores en la espalda, en la silleta o en el bulto. Era un desfile. Comenzando por la vereda Pantanillo y El Cerro, a salir a Santa Elena. Era un desfile por ahí de 40 a 50 silletteros. Era muy bonito, porque todos iban con la linterna o con el farol y se veía la línea de luces a las tres de la mañana, que por lo regular

era un tarro con una agarradera de alambre y una vela pegada ahí. Para saber de quién era el tarro, porque lo dejaban por ahí en las barrancas, los marcaban.

Para la conservación de la tradición hay que seguir haciendo lo que estamos haciendo en este momento y que el municipio aporte más a la cultura de los corregimientos. Porque yo veo que invierten mucho en la ciudad, gastan mucha plata contratando artistas de otras regiones y eso está bien, pero también hay que estimular lo de aquí. Yo, por ejemplo, con Floresse, no he podido conseguir ni un auxilio, ni un premio a nivel municipal. Está la gente que nos colabora del parque Arví, que eso ya es de varias entidades, municipio y gobernación, pero así en los concursos que han habido no hemos podido. Y en la música tampoco.

Yo diría que si no fuera por los silletteros a Santa Elena no la conocería nadie, porque todavía hay muchos campesinos veteranos que le meten la mano al azadón, al machete, a los cultivos y a las huertas, pero a la juventud no se le ven ganas de campo o de agricultura. Me gustó mucho un discurso que hizo Luis Pérez hace como un mes, donde decía que necesitábamos producir campesinos. Porque había universidades para hacer médicos, mecánicos o lo que fuera, pero que no había una universidad de campesinos y que el campo era la despensa del mundo. Ya son muy escasos los que siembran maíz y los que siembran papa. No sé a dónde vamos a llegar, porque la plata no se come. Mucho campesino está vendiendo las tierras, mucha gente está viniendo a construir casitas de verano.

Me dicen que hicieron una encuesta, no sé quién, donde decían que el 60% de la gente de Santa Elena son foráneos. Por ejemplo, en la vereda El Cerro había una finca del doctor Jorge Vieira, muy grande, que quedaba en toda la entrada de la cabecera municipal hacia El Cerro. Y no había sino una casa que era la del doctor Vieira. Eso lo vendió Arturo Londoño y en este momento, si no hay 50 casas, falta poco. La mayoría son casas de gente que se viene de Medellín y no a trabajar, simplemente a vivir y a descansar.



Un espíritu perseverante y visionario

Algunos han comprado para hacer lecherías. El dueño de Helados Mimos, por ejemplo, tiene una finca en la vereda El Cerro y tiene producción de leche. Pero yo creo que la Universidad de Antioquia, la Universidad Nacional, Empresas Públicas de Medellín, el municipio de Medellín y el departamento, deben unirse y estudiar un plan que colabore en la idea de Luis Pérez de hacer campesinos, de estimularlos y, no sé cómo, de enrutarlos a que haya campo, a que haya cultivos, que haya producción, que haya agricultura.

Sembrar agricultura es muy duro, porque se corren los riesgos de la plaga, precios malos, y se pierde plata. Eso desanima la gente. Tendría que haber, como en muchos países, subsidios. Afortunadamente, Santa Elena, por los silletteros, tiene un campo inmenso para trabajar el turismo y la cultura sillettera, pero tienen que poner más empeño. Veo que apenas hay unas poquitas fincas silletteras que les ponen el corazón. Eso tienen que hacer mucha publicidad, porque turismo llega mucho. Aquí al parque llega gente preguntando que dónde hay cultivos de flores y no hay quién les diga dónde. Y en verdad son muy poquitos los que hay. Hay que fomentar más programas como el premio a los mejores jardines, donde cualquiera puede matricularse. Cultivar flores es una terapia muy animadora.

En este momento, el turismo es el polo mayor para Santa Elena. Es la base fundamental del subsistir de Santa Elena. Si no quieren volver a sembrar agricultura hay que apostarle al turismo. Pero el turismo muy bien manejado, porque de pronto se da el egoísmo, donde todo el mundo trata de pescar para su lado. Yo no sé si estaré equivocado pero, a mí me gustaría una granja o granjas en las veredas, donde se le enseñe a la gente de Medellín la cultura sillettera. Que del colegio, en la guardería o en los jardines infantiles, programen visitas para la granja de “Floresse”, por decir algo y, ver cómo se siembra una matica de maíz, cómo nace, cómo crece y cómo se produce. Me parece que a los niños les gustaría mucho sembrar su ramita y, dentro de ocho, quince días, un mes, venir a ver cómo está la matica. Sería un turismo agrícola y educativo. Volveríamos a tener cultivos.



Un espíritu perseverante y visionario

De pronto le presento algún día un proyecto al gobernador, que está pensando en una fábrica de hacer campesinos. Porque uno le pregunta a un niño, que de dónde sacan la leche y responde que de la nevera. A mí me parece que llamaría la atención a los niños ver cómo crece la alverja, el haba, el fríjol, que eso es una obra de Dios inmensa. Es que si usted la siembra hoy en quince días echa la matica.

Dios nos ha dado algunas cualidades, que en la gran mayoría las hemos puesto en práctica. Por eso he hecho tantas cosas en la vida. Cuando me tocó vivir de la música, viví de la música. Cuando me tocó negociar con madera, negocié con madera. Cuando me tocó con papas, negocié con papas. Fui empleado y, ahora soy empresario, junto con mi familia. Gloria de Dios.